

Que lo sepan los niños

Pascual Sicilia

Hay algo que como una lapa se cose al cuerpo: los recuerdos. Y Dolores los tuvo a espuestas. Recuerdos de amor todos, aderezados con luchas, entregas, revoluciones. Siempre supo cuál era su único camino. Entendió desde muy joven que la vida es otra cosa que pasar de puntillas, anodinamente, rodeados de inventos diabólicos e imprescindibles que nos dan marchamo de éxito. Un prestigio pagado con sangre de letras bancarias. Dolores nunca cayó en esa trampa. Llegó al mundo sin nada y se fue con las manos vacías de riqueza. Sólo una cosa acaparó ufana y orgullosa: el cariño de sus semejantes, de sus compañeros.

La vida militante de Dolores no puede dejar indiferente ni siquiera a sus más fanáticos enemigos. Habrán de reconocerle sus méritos quienes están al otro lado del espejo. Dicen que los adolescentes de hoy apenas saben quién fue el dictador Franco, y eso es muy grave. Pero, por favor, que no exista un niño en este país que no sepa decir quién fue Dolores Ibárruri. Que la vean hermosa bajando a la mina en solidaridad con los mineros, o abriendo las puertas de las cárceles, llenando de aire fresco las tétricas paredes, que ella nunca fue carcelera. Que la miren despacio, toda vestida de negro, animando a los milicianos en el frente. Que la escuchen gritar con el alma, «más vale morir de pie que vivir de rodillas». Que sepan que fue buena. Que no olviden que luchó desesperadamente contra los que niegan la vida. Que ningún niño deje de recordar que paseó a España con dignidad por el mundo. Que se enfrentó sin miedo, cara a cara, a los poderosos.

El paso del tiempo, poco a poco, ha ido arriando sus fuerzas externas y llenando de arrugas su cuerpo, signos inevitables del que confiesa que ha vivido. Pero ese mismo tiempo devastador no pudo arrancar ni un ápice de su fuerza interior. Como no consiguió acallar su voz rotunda. Quien esto suscribe no podrá olvidar nunca que hace cuatro años, un 8 de marzo, celebrando con sus compañeros de la sede del PCE el Día Internacional de la Mujer, Dolores pidió silencio, las manos en el regazo, el moño recompuesto, y se arrancó con una canción de mina, con un chorro de voz que no necesitaba de inventos electrónicos.

Dicen que la inmortalidad es una especie de vida que se adquiere en la memoria de los demás. Y su vida merece ser vivida por los habitantes de este país, de este mundo. Merece la pena que lo sepan los niños.